

A place of rest, reunion

Cemeteries hold the history of our family and community, as we wait for our joyful reunion with God

I grew up in a town only minutes away from Manhattan, New York. From the swings at our neighborhood park, just two short city blocks from our house, we could see that iconic skyline: the Empire State Building, the Chrysler Building, the United Nations building and many others. We saw the Twin Towers of the World Trade Center rising skyward as they were being built (never imagining a future tragedy of such proportion).

Also in our town, right across the street from our parish church and school, was another place that played a great part in our growing up. It encompassed acres and acres of trees, flowering shrubs, quiet lanes and roads, a massive front entrance of stone arches and artistic wrought iron gates. There was a chapel there and Mass was celebrated every morning at 9.

It never smelled of incense; instead, it always had an odor of intense, but not unpleasant, dampness that seemed to fit. Several of our school's classrooms had windows that faced this magnificent freshness and greenery in the midst of a heavily trafficked and concrete-laden part of the neighborhood. We often went to this beloved place that held both history and hope. This was the very large and sprawling, restful, peaceful and beautiful St. John's Catholic Cemetery.

Here it was easy to walk among very old headstones dating back to the mid-1800s. To this day, there is a row of little mausoleums for families to be entombed together — it looks like a small street in an old European town. And there is, on a high hill, a huge mausoleum that, in 13 niches, holds the earthly remains of a family from Germany that settled in Brooklyn in the 19th century.

There is also a granite headstone shaped like a cross and engraved with a chalice. It marks the resting place of the earthly remains of one of our pastors. His grave was positioned to face our parish church, school, rectory and convent, all of which he built as a memorial in honor of those who served and died during World War II. The lower part of the stone reads, "Erected by His Grateful Parishioners."

These recollections recall the history of a people, and of myself personally. I write them because they are stored in the greatest archive and library of life that we call our own. While the pre-Christian peoples called such

places a *necropolis* (city of the dead), the early Christians called them instead, *coemeteria* (resting places). Our Catholic cemeteries are grounds consecrated to be places of peaceful repose and custodial care for the earthly remains of the deceased.

The burial in the ground or the entombment in a mausoleum or crypt demonstrates the care that ought to be given to a person created in the image of God, whose body was united with an immortal soul that has left the body to return to God's eternal care, and, finally, whose body will rise to greet and be greeted by Jesus Christ Himself when He comes to judge the living and the dead, as we profess in our creed every Sunday.

In history, we come to earthly life for many years or very few, or even, so crushingly, depart before even seeing the light of day. The Catholic cemetery is consecrated to mark that history, that presence, the very person God will always know, but others often forget. When we visit, look, read and pause to pray, one who is beloved of God tells his or her story once again.

In Christian hope, we come to our cemetery and mark with a sacred stone the place of rising, when Our Lord will call, "Sleeper, awake! A new Heaven and a new earth, and a body clothed in immortality await you!" and we will answer in the company of our brothers and sisters, "Here we are, Lord! You have come, and you are not late!" ■



Bishop Peter A. Libasci, D.D., is the Tenth Bishop of the Diocese of Manchester.

“
When we visit, look, read and pause to pray, one who is beloved of God tells his or her story once again.”

Un lugar de descanso, de reencuentro

Los cementerios guardan la historia de nuestra familia y comunidad mientras esperamos nuestro gozoso reencuentro con Dios

Creí en un pueblo a solo unos minutos de Manhattan, Nueva York. Desde los columpios en el parque de nuestro vecindario, a solo dos cuadras de nuestra casa, podíamos ver ese horizonte icónico: el Empire State Building, el Edificio Chrysler, los edificios de las Naciones Unidas y muchos otros. Vimos las Torres Gemelas del World Trade Center elevándose hacia el cielo mientras se construían (nunca imaginamos una futura tragedia de tales proporciones).

También en nuestra ciudad, justo al otro lado de la calle de nuestra iglesia parroquial y escuela, había otro lugar que jugó un papel importante en nuestro crecimiento. Abarcaba acres y acres de árboles, arbustos en flor, callejuelas y caminos tranquilos, una enorme puerta de entrada con arcos de piedra y artísticas puertas de hierro forjado. Allí había una capilla y se celebraba Misa todas las mañanas a las 9.

Nunca olía a incienso; en cambio, siempre tenía un olor intenso a humedad, pero no desagradable, que parecía encajar. Varias de las aulas de nuestra escuela tenían ventanas que daban a esta magnífica fresca y vegetación en medio de una parte del vecindario muy transitada y cargada de concreto. A menudo íbamos a este querido lugar que albergaba tanto historia como esperanza. Este era el cementerio católico de Saint John, amplio y extenso, tranquilo, pacífico y hermoso.

Aquí era fácil caminar entre lápidas muy antiguas que datan de mediados del siglo XIX. Hasta el día de hoy, hay una hilera de pequeños mausoleos para que las familias sean sepultadas juntas; parece una pequeña calle en una antigua ciudad europea. Y allí está, en una alta colina, un enorme mausoleo que, en 13 nichos, guarda los restos terrenales de una familia de origen alemán que se instaló en Brooklyn en el siglo XIX.

Continúa en la página 7.



CATHOLIC CEMETERIES

Monuments of Hope and Peace
Witnesses To Everlasting Life

The Catholic Church prefers Catholics to be properly buried in sacred ground. There are 66 Catholic cemeteries in New Hampshire.

Find one near you at:
www.catholicnh.org/cemeteries



Lambert Funeral Home
Crematory

"A System of Care, A Tradition of Caring"

603-625-6951 • 1799 Elm Street • Manchester, New Hampshire 03104
www.lambertfuneralhome.com



Team
Engineering

MYTEAMENGINEERING.COM

CONNOR-HEALY
FUNERAL HOME AND CREMATION CENTER



Ryann C. Healy & Daniel J. Healy
Walter "Skip" Hebert - Directors
"Locally Owned & Family Operated"

537 UNION STREET, MANCHESTER, NH 03104
(603) 622-8223 | WWW.CONNORHEALY.COM

Continúa de la página 5.

También hay una lápida de granito con forma de cruz y grabada con un cáliz. Marca el lugar de descanso de los restos terrenales de uno de nuestros pastores. Su tumba se colocó frente a los edificios de nuestra iglesia parroquial, escuela, rectoría y convento que él construyó como un monumento en honor a quienes sirvieron y murieron durante la Segunda Guerra Mundial. La parte inferior de la piedra dice: “Erigida por sus feligreses agradecidos”.

Estos recuerdos rememoran la historia de un pueblo y la mía personal. Los escribo porque están guardados en el mayor archivo y biblioteca de la vida que llamamos nuestra. Mientras que los pueblos precristianos llamaban a estos lugares necrópolis (ciudad de los muertos), los primeros cristianos los llamaban, en cambio, “coemeteria” (lugares de descanso). Nuestros cementerios católicos son terrenos consagrados para ser lugares de reposo pacífico y de custodia de los restos terrenales de los difuntos.

El entierro en el suelo o en un mausoleo o cripta demuestra el cuidado que se debe dar a una persona creada a la imagen de Dios, cuyo cuerpo se unió con un alma inmortal que ha dejado lo corporal para regresar al cuidado eterno de Dios, y, finalmente, cuyo cuerpo resucitará para saludar y ser saludado por el mismo Jesucristo cuando venga a juzgar a vivos y muertos, como profesamos en nuestro credo de cada domingo.

En la historia, venimos a la vida terrenal durante muchos años o muy pocos, o incluso de forma tan aplastante, antes de ver la luz del día. El cementerio católico está consagrado para marcar esa historia, esa presencia, la misma persona que Dios siempre conocerá pero que otros a menudo olvidan. Cuando visitamos, miramos, leemos y hacemos una pausa para orar, alguien que es amado por Dios vuelve a contar su historia.

En la esperanza cristiana, venimos a nuestro cementerio y marcamos con una piedra sagrada el lugar de la resurrección cuando Nuestro Señor llamará: “¡Durmiente, despierta! ¡Un cielo y una tierra nuevos, y un cuerpo revestido de inmortalidad te esperan!” y responderemos en compañía de nuestros hermanos y hermanas: “¡Aquí estamos, Señor! ¡Has venido y no llegas tarde! ■

El obispo Peter A. Libasci, D.D., es el décimo obispo de la Diócesis de Manchester.